

TRABAJOS DE LAS SECCIONES

SECCION DE DEFENSA DE LA NATURALEZA

El blanco en nuestro paisaje

El paisaje de nuestro país está dominado por el color verde. Verdes claros y jóvenes en primavera; verdes esmeralda intensos y azulados el verano; verdes rojizos y ocres el otoño y verdes sucios, desleídos en amarillo y violeta en invierno.

El color que destaca siempre en nuestro paisaje es, ante todo, el blanco. En muchos de nuestros paisajes es el blanco límpido y brillante de los caseríos esparcidos aquí y allá el que le da valor. Paisaje riente que cautiva en seguida.

* * *

No hablamos aquí de las concentraciones de casas en los pueblos que, entre los recovecos de sus calles, ocultan y han ocultado siempre, con cierta discreción, la falta de pintura y de limpieza en algunas fachadas de casas; esta discreción para ocultar lo feo, lo repelente, ya no existe en nuestros pueblos. En plena calle principal, edificios bien a la vista, pertenecientes a particulares de posición económica brillante, al Municipio o al Estado, exhiben con descaro sus fachadas mugrientas y abandonadas.

Un buen estudio sobre "Crítica de la falta de pintura" en los edificios sería digno de un buen economista, puesto que parte importante de esta situación es, sin duda, de causas económicas; pero bien podría pensarse que también existe otra razón que ayuda a explicar este abandono: no nos molesta lo feo, no nos estorba lo sucio. El elemento humano de este país empieza a acostumbrarse a él y lo tolera con absoluta indiferencia. Y esto es grave.

Recordemos la sensación que tuvo G. E. Street, arquitecto inglés que viajó por España hacia 1860 y pasó por nuestro país, dejando sus impresiones en el libro titulado "La Arquitectura Gótica en España" y del cual copiamos lo siguiente:

"Partimos de San Sebastián al mediodía, costeano la playa en la que se agitaba una multitud que gozaba bañándose a la moda de Biarritz.

La comarca es agreste, bella y montañosa durante todo el camino hasta Mondragón. En Vergara se celebraba una feria; sus estrechas calles rebosaban de paisanos pintorescamente ataviados; por

doquier, en aquellos pueblos, se ven campesinos fornidos, hermosos y limpios; el paisanaje, en suma, de mejor aspecto que recuerdo haber visto en mi vida. Por la tarde parecían los pueblos muy animados y bailaba la gente joven una danza extraña e indescriptible, pero muy graciosa y con gran movimiento de brazos. De tamboril y flauta era, por lo general la música, y el salón de baile la carretera misma o la pequeña plaza central del pueblo...”.

Nos figuramos que el Paisanaje y el Paisaje encantaron de veras a este viajero que nos dedicó tan amables conceptos.

* * *

En nuestro paisaje 1953 ya no destacan tanto los caseríos. Ya algunos han dejado de ser blancos; muchos son grises y de color de tierra. Fueron blancos, pero muchos años sin renovarse la pintura a base de cal (lechada de cal), han hecho perder el color de las paredes y, poco a poco, el gris sucio del cemento aparece y ya no destaca bien sobre el verde y el paisaje se resiente de ello.

Se está perdiendo la costumbre de blanquear los caseríos en nuestro país, contrariamente a otras regiones de España donde se sigue guardando esta costumbre con toda intensidad, como en Andalucía.

¿Qué causas han llegado a producir este abandono? Nos hablan de una muy fundamental: la cal escasea hoy en nuestra región; ya no se produce con tanta abundancia como antaño, cuando en todas las barriadas de caseríos existía, por lo menos, una Calera (horno de hacer cal) y a veces cada caserío tenía la suya propia. Las tierras se encalaban cada dos, tres o cuatro años y se le limpiaba la cara al caserío con mucha frecuencia. Este fué el paisaje que, sin duda, vió el señor Etreet hace próximamente cien años.

En la calera del lugar se trabajaba intensamente aportando piedra y leña según necesidades. Existía un rito en el trabajo que José de Arteche ha descrito muy bien en diferentes artículos sobre el tema y así se fué haciendo hasta que escaseó la leña de los bosques y se suspendió la fabricación de cal. El casero de hoy carece de combustible de leña para poder hacer la cal, y la que usa, la compra en las caleras de tipo industrial que hay en el país. Las viejas caleras de los caseríos están abandonadas y, en consecuencia, el agricultor emplea poca cal para sus terrenos y nada para su casa, porque es más cara que la que obtenía con su trabajo antes.

Pero tampoco se podrá negar que los habitantes de los caseríos de hoy evolucionan en sentido análogo al habitante de los pueblos: no le molesta ver su casa sucia y sin color definido, ¡y en esto sí que ha cambiado respecto a sus abuelos y bisabuelos!

* * *

Nosotros propondríamos que las Excmas. Diputaciones iniciasen una fuerte campaña de carácter práctico sobre el reblanqueo de las casas del país, llegando a establecer o, por lo menos, a estudiar la posibilidad de un servicio de encalado de fachadas, tanto de casas como de caseríos, empleando sus hombres un sistema moderno y rápido para que, a precios de costo lo más bajos posible, se llevase a cabo esta labor de limpiar las fachadas de las casas.

Puede y debe entrar en sus cálculos hasta la producción propia de la cal en caleras industriales que se estudien al efecto. Dar facilidad y baratura y crear un sentido de la obligación que tenemos de presentarnos a los demás con la cara limpia y bien cuidada. El ser limpio es una necesidad y el parecerlo es una obligación.

El encalado de un edificio es rápido, fácil y poco costoso: la cal viva cuesta hoy a cuarenta céntimos el kilo y con ciento veinte kilos se pueden, muy bien, dar dos baños a un caserío corriente. Si las Diputaciones orientasen en el sentido indicado, la labor sería menos costosa aún,

Se pueden estudiar composiciones más duraderas en el tiempo, pero de todas formas la lechada de cal ya blanquea bien y la sensación del blanco dura bastantes meses. Dos blanqueos con cal al año aguantan bien la lluvia, el viento y el sol.

En los edificios altos, el trabajo de repintar dos o tres veces al año es demasiado grande y es natural que se busque la preparación de una pintura compuesta que aguante mejor que el encalado. En edificios bajos, como son los caseríos, esta labor es fácil y se puede hacer con poco trabajo mediante pulverizador de mango largo, que permite efectuar el trabajo a esa altura.

* * *

El Ayuntamiento de San Sebastián nos ha dado el ejemplo de los resultados que pueden obtenerse con rapidez cuando se monta decididamente un servicio buscando un fin concreto a alcanzar. El servicio de Higiene con espolvoreamiento de DDT en cines, iglesias, centros públicos, hoteles y casa particulares, ha terminado completamente con una de las plagas típicas de nuestro país. Nos referimos a la pulga, verdadera plaga en San Sebastián, hace tan sólo cinco años.

¡Quisiéramos que el pequeño país verde en que vivimos mostrase el blanco en los edificios de los caseríos y de los pueblos...!

¡También nos gustaría que los viajeros que pasasen por él pudiesen decir lo mismo que hace casi cien años se dijo de nosotros!